

IGNACIO RAMÍREZ

"EL NIGROMANTE": *educación y libertad*

Mario Iván Uraga Ramírez, doctor en Humanidades por la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México; profesor de cátedra del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Toluca.



Las almas fuertes celebrar me agrada
hoy que mi excelsa patria se derrumba
al peso de una turba degradada.
Escápele su elogio de mi tumba
dando a los viles incesante susto.
Como un baldón en sus oídos zumba
el nombre de un varón constante y justo.

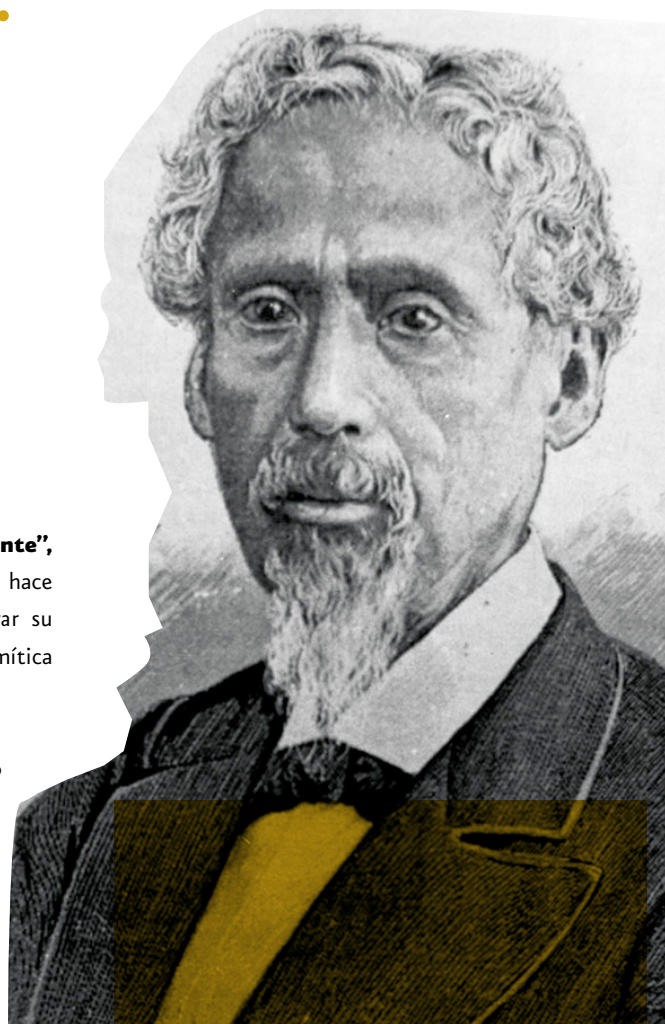
IGNACIO RAMÍREZ, A EZEQUIEL MONTES

Introducción

El 22 de junio de 1818 nació Ignacio Ramírez Calzada "El Nigromante", en San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende), Guanajuato. Sí, hace prácticamente dos siglos. Que este curioso azar sirva para conmemorar su nacimiento y para invitar a todos los lectores a que se acerquen a esta mítica figura.

Los alumnos y egresados de esta universidad hemos —si acaso— escuchado el nombre de Ignacio Ramírez sólo en las ceremonias institucionales y en voz de nuestras autoridades. ¿Por qué su nombre se evoca con tanta constancia y facilidad, mientras que poco o nada se dice de sus ideas y sus obras? "Quizás por su posición irreductible, durante casi un siglo se reverencia en forma acrítica y distante a Ignacio Ramírez", dice Monsiváis (1984, p. xi), al considerar que muchas de las propuestas de El Nigromante parecían excesivas para el conservador de la época, pero también para muchos de los liberales:

...los conservadores radicales querían un México colonial modernizado en el que el clero y las clases acomodadas gobernarían como la santa alianza. Por su parte, muchos liberales los secundaban tímidamente negándose en muchos casos a apoyar a Ignacio Ramírez que deseaba una nueva Constitución radical y progresista (Arellano, 2012, p. 67).



Resumen:

Ignacio Ramírez "El Nigromante", considerado uno de los personajes más emblemáticos de la historia universitaria, cumple 200 años de nacimiento y sus ideas continúan vigentes. Fue un férreo defensor de la independencia mexicana; hombre de capacidad y agudeza literaria que desempeñó un importante papel en el Instituto Literario de Toluca y que consideraba que la autonomía del pueblo mexicano era el destino necesario de nuestra nación.

La juventud auriverde podría encontrar un verdadero ejemplo en la persona y el pensamiento de Ignacio Ramírez, el ejemplo de un hombre no sólo convencido de que se tiene que hacer lo correcto, sino dispuesto siempre a asumir las consecuencias de llevarlo a cabo: la prisión, la pobreza y la humillación, tanto como el aplauso, la fama y la admiración, fueron frecuentes en su vida. En estos tiempos agitados, al interior y al exterior de nuestra *alma mater*, es preciso definir cuáles personas de nuestra vida e historia patria son verdaderos modelos de rectitud y dignidad, pues estas cualidades son escasas en medio de la falta de carácter, el egoísmo y la mediocridad que la "turba degradada" esparce en torno nuestro. Ramírez es uno de los espíritus más poderosos de los últimos dos siglos y será un error ignorarlo.

La obra de Ignacio Ramírez "El Nigromante" se publicó dos veces: en 1889 (Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento) y en 1984 (Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo); la primera, incompleta, sólo cuenta con dos tomos y 161 textos;¹ la segunda, compilada por David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, consta de más

**RAMÍREZ ES UNO DE LOS
ESPÍRITUS MÁS PODEROSOS
DE LOS ÚLTIMOS DOS SIGLOS Y
SERÁ UN ERROR IGNORARLO**

de un millar de textos repartidos en ocho tomos. En toda su obra resalta, además de la calidad expresiva, la diversidad de ámbitos en que incursiona: economía, política, historia, biología, fisiología, libros de texto, poesía, literatura, botánica, meteorología, filología, geología... Y no lo hace con el tono vago y dubitativo del inexperto, sino con la certeza y la convicción de quien sabe de lo que habla porque ha estudiado.

A continuación abordaremos un poco del paso de Ramírez por el Instituto Literario —antecedente, como se sabe, de la Universidad Autónoma del Estado de México— y algunas de sus ideas en torno a la independencia, la libertad y responsabilidad de pueblos e individuos.

Ignacio Ramírez: pedagogo y polemista

Cuando el licenciado Francisco Modesto de Olaguíbel, liberal, fue electo gobernador del Estado de México, llamó a Ignacio Ramírez para que se hiciera cargo de la Secretaría de Guerra y Hacienda. En ese entonces Ramírez tenía menos de 30 años y ya era famoso por su inteligencia y por su erudición, pero también por un ateísmo que inmediatamente lo volvía enemigo del sector conservador. En esa Secretaría creó un Consejo de Gobierno que tuvo a bien reorganizar el Instituto Literario (Felipe Sánchez Solís fue nombrado director) y también participó como profesor de Leyes y de Literatura. El testimonio más importante y más sentido es el de Ignacio Manuel Altamirano, su alumno, quien, a la postre, sería su amigo y compañero de vida; además, fue también el responsable de llevar a cabo la primera publicación de sus obras. Me permito citar *in extenso* las palabras de Altamirano:

Yo conocí a Ignacio Ramírez en el Instituto Literario de Toluca, el año de 1850. En ese establecimiento estudiaba yo entonces segundo año de Latinidad, y él acababa de ser nombrado catedrático de primero y tercer años de Jurisprudencia. [...] Ramírez, incansable en sus tareas de enseñanza, y cuyo espíritu no podía permanecer inactivo ni un momento, accedió gustoso a las instancias que se le hicieron para que fundase una clase de Bella Literatura, que daba también gratuitamente los domingos en la mañana [...] Pude convencerme, entonces, de que los elogios que había oído no sólo eran justos, sino que aun quedaban abajo de lo que merecía la belleza de aquella lección dominical. No era una clase fríamente preceptiva y vulgar. Ramírez allí enseñaba como no se había enseñado antes, como no ha vuelto a enseñarse después en México [...] Era en toda la amplitud de la palabra, una enseñanza enciclopédica, y los que la recibimos aprendimos más en ella, que lo que pudimos aprender en el curso entero, de los demás estudios. Allí se formó nuestro carácter, allí aceptamos nuestro credo político al que hemos sido fieles sin excepción de una sola individualidad (Altamirano, 1889, pp. v, xxxiv-xxxv).

En el mismo cargo, Ramírez emprendió la primera puesta en marcha de los libros de texto gratuitos (*Libro rudimental y progresivo para la enseñanza primaria*) que llevaría a cabo en más de una ocasión y que, por cierto, él mismo escribió; algunas de las temáticas que abordaría en esta experiencia son: la luz, los sonidos, los colores; voces y signos en castellano, latín, italiano, francés, inglés, alemán, griego y náhuatl; propiedades de los cuerpos; los cielos, los minerales, los vegetales, los animales; características físicas y sociales del Estado de Guanajuato; lingüística; incluso la documentación de una aurora boreal.

¹ Ésta es la fuente (Ramírez, 1889) que utilicé para las referencias directas a Ignacio Ramírez; para facilitar la lectura, a partir de ahora sólo se indica la página.

Como adversario ("temible polemista", dice Maciel), la verdad es que Ramírez sabía ganarse el rencor y el temor de sus contrincantes, pues era implacable en sus críticas sin importar de quién se tratase. Un buen ejemplo es el artículo dirigido al escritor Emilio Castelar, español amigo suyo, quien reprochaba al pueblo mexicano renegar de España, "que ha fundado vuestros puertos, que ha erigido vuestros templos, que os ha dado su sangre, que ha difundido su alma en vuestra alma, que os ha enseñado a hablar la más hermosa, la más sonora de las lenguas" (Castelar citado en Ramírez, 1889, p. 317). La respuesta de Ignacio Ramírez fue contundente sin dejar de ser respetuosa; El Nigromante desmiente la imagen romántica que Castelar tiene de su madre patria —en la que, por cierto, este último no era bien visto— y lo invita a sumarse al nuevo mundo que se gestaba en México, tierra donde serían bienvenidos todos los hombres libres:

La España que ud. ama, no existe ni ha existido jamás; el talento de ud. la engendra en su alma democrática; la ve ud. en el porvenir, la dota ud. con las prendas de su propio carácter; la adorna con los timbres que descubre en las naciones más gloriosas, y se deslumbra ud. con los fulgores de la civilización que le desea; pero entretanto, para sus paisanos, ud. no es más que el D. Quijote del progreso. No hay que hacerse ilusiones; el último pueblo a quien desearían parecerse las demás naciones de la tierra, es el pueblo español [...] lo que ud. desea no es más que desespañolizarse: la América va con sus costumbres, con sus instituciones, con sus luchas, con sus sacrificios, adonde ud. se dirige con sus discursos (pp. 318-321).

Desde luego, Ramírez tiene su propia concepción romántica, utópica del país, pues México, dice, podría convertirse en una sociedad libre e instruida, trabajadora e igualitaria, en la que las minorías (mujeres e indígenas, sobre todo) ejercieran los derechos que les son inherentes. Por eso Castelar, o cualquier otro, es bienvenido: "El mexicano es libre y todos los hombres pueden ser mexicanos" (Ramírez, 1889, p. 165). México se abrió al mundo como la tierra de la esperanza, o mejor dicho, de la promesa: leyes e instituciones justas garantizarían hombres libres: "...hemos borrado la palabra opresión, escribiendo en lugar de ella: ¡Libertad para los habitantes! ¡Hospitalidad para los extranjeros!" (p. 186).

La independencia como necesidad

Ignacio Ramírez fue uno de los principales artífices de la Constitución de 1857 y de las leyes de Reforma de 1861.² Las leyes ahí contenidas no sólo tienen una función interna, para regular el funcionamiento social, sino también para definir las relaciones con el exterior, es decir, constataban la independencia del pueblo mexicano, su emancipación de cualquier autoridad que no emanase de él mismo. Mientras los conservadores, ante el temor de que México se extraviase sin la ayuda europea, preferían "la permanencia de la norma y tradición hispánica" (Maciel, 1984, p. xix), El Nigromante tenía plena confianza en el futuro que este nuevo mundo habría de edificar: "todo por él, todo para él" (p. 145).



...HEMOS BORRADO LA
PALABRA OPRESIÓN,
ESCRIBIENDO EN LUGAR DE
ELLA: ¡LIBERTAD PARA LOS
HABITANTES! ¡HOSPITALIDAD
PARA LOS EXTRANJEROS!

² Según Arellano, Ignacio Manuel Altamirano afirmó: "No es cierto que la autoría de las leyes de Reforma sea de Benito Juárez y de Melchor Ocampo; de hecho, yo apoyé en diversos lugares y años a mi maestro Ignacio Ramírez en su redacción y en la elaboración de más de 89 leyes reglamentarias sobre la materia" (citado por Arellano, 2012, p. 54).

La independencia de un pueblo como el mexicano, para El Nigromante, es una idea de carácter absoluto, no es una opción ni tampoco una elección, ni tampoco un producto de la imaginación, la voluntad o los buenos deseos. La independencia es necesaria porque, al comprender el estado de un pueblo oprimido, actuamos conforme a lo que debe ser. La acción viene después de la comprensión. Hay dos datos innegables que guían a la razón para determinar que es necesaria la independencia de los pueblos oprimidos: el primero es la facultad de pensar y decidir que tienen todos los miembros de una comunidad, mediante la cual eligen —dentro de sus posibilidades— un modo de vida y los mecanismos para regular sus relaciones sociales (leyes e instituciones): "el pueblo es soberano, porque los particulares son soberanos" (p. 352). De este modo, lo que él pretendía era dar comienzo a una constitución que no sólo fuera buena para México, sino para todo pueblo: "Sabedlo de una vez; esa Constitución es la emancipación absoluta de la inteligencia humana [...] La inteligencia humana es una, la misma en todos sus actos, y por eso la constitución es una" (p. 165).

El segundo dato son las condiciones naturales y culturales, producidas sólo a través del paso del tiempo, que hacen que tal pueblo sea adecuado a su tierra y viceversa. Cuando un pueblo proclama su independencia, lo que hace es recordar al resto de la humanidad que sus habitantes quieren, porque pueden, ser libres, pues son seres dotados del pleno ejercicio de su razón; y también les recuerda que esa tierra es suya porque de ella vienen y a ella van, que no la adquirieron con billetes o monedas, sino que, de cierto modo, es una presencia que vibra y se manifiesta en cada uno de ellos:

...así son los hombres en una sociedad y en una región determinada, sea cual fuere su procedencia; el cielo, la mar, la tierra, se apoderan de ellos y les imprimen un carácter determinado en lo físico y en lo moral, y al cabo de ciertos años los hacen pasar por autóctonos, como si los hubiera producido el mismo suelo que habitan (p. 168).

En otras palabras, el fundamento de la independencia es que todo grupo social es fruto tanto de un raciocinio como del devenir con su entorno; estos dos elementos (la razón y la naturaleza) constituyen una existencia adecuada para ese lugar, no sólo porque el entorno ha individuado estos cuerpos aptos, sino porque la capacidad de pensar de cada ser humano implica que los individuos son capaces de asumir en sus hombros el peso de la libertad. La opresión transgrede las leyes que la razón utiliza para autodeterminarse (autonomía, en el sentido kantiano), como las leyes que la naturaleza ha establecido para acontecer.

Desde luego, esto no quiere decir que haya alguna comunidad que sea perfecta; en tanto que todas son imperfectas, todas necesitan leyes. Esto es tan lógico como que todos los hombres necesitan educación, no en el sentido profesional que ahora conocemos,³ sino más bien formativo: la educación es el camino de la libertad.

La acción viene después de la comprensión porque la política que él propone —sumamente avanzada y vanguardista— debe complementarse y perfeccionarse con la experiencia (en el sentido de que ésta es inherente a la ciencia). Política, educación y ciencia forman un complejo que se enriquece con las bondades de cada uno y que se debilita con sus faltas.



³ "La mayor parte de las mejoras en la enseñanza y de los grandes descubrimientos, se deben a sabios sin título; y sus mayores enemigos han sido los sabios titulados" (pp. 195-196).

De esta forma, lo que se les reprocha a los invasores no es tanto su malicia sino su idiocia, su rupestre ambición,⁴ su capacidad para comprender y, por lo tanto, para actuar correctamente. La consecuencia de esto es que, si "los pueblos, en sus más profundas revoluciones, se esfuerzan por salvar las formas de sus antiguas costumbres" (p. 404), entonces la guerra, la violencia y la muerte tienen un fundamento legítimo: "armarse es más necesario a un ciudadano que vestirse" (p. 148).

Estas mismas carencias intelectuales y políticas las tendrían quienes dirigen mal aquello que se les ha encomendado, pues no deciden voluntaria y razonablemente lo que es necesario para el bien superior que deben defender, sino que son manipulados por pasiones tan básicas como el capricho, la envidia y el berrinche. Así, gobernantes y dirigentes son gobernados y dirigidos por la irracionalidad, con toda la vergüenza y la deshonor que ello implica. El animal racional se hunde en lo animal. Yo no soy yo, soy lo que, en mis profundidades, me jala hacia abajo y nunca hacia arriba.

El problema inexorable para —y en— Ignacio Ramírez es la reelección. *Grosso modo*, el fundamento de su oposición a ella será exactamente el mismo. ¿Qué razón puede haber para que un hombre se mantenga en el poder, si en cambio podemos contar con un *plan* bien definido, con leyes e instituciones que sean justas y en los que participen personas preparadas para ello? Con un pueblo educado, libre y consciente de sus responsabilidades, es a todas luces innecesario que nadie se mantenga indefinidamente en el poder. Por el contrario, la reelección da cuenta de la pobreza política de una comunidad, sea por ignorancia y desidia, o por imposición y violencia. No hay excepciones, pues incluso en el caso

de Benito Juárez, "[éste] será siempre en el corazón de todo mexicano uno de sus grandes afectos en la vida, como lo fue Hidalgo, pero, para ello, no se requería que el Benemérito de las Américas se perpetuara en el poder para recordárselo diariamente a su pueblo agradecido" (Ramírez, según Arellano, 2016, p. 99). Evidentemente, El Nigromante era férreo promotor de la revocación de mandato.

Al final, la mediocridad política es semejante a la individual en tanto que ambas manifiestan una renuncia a la propia vida, y ningún miedo o interés servirán jamás como pretexto. Los grandes hombres, como Ignacio Ramírez, saben que el precio mínimo de la libertad es la responsabilidad y que no hay nada más digno que ocuparse de lo que uno es y de lo que quiere ser.

Conclusión

Hay mucho que leer y decir sobre Ignacio Ramírez; la gran compilación de Maciel y Rosen ha demostrado que, hasta la pasada década de los 80, no había prácticamente ninguna biografía o estudio serio sobre él. Mientras su nombre siga siendo sólo una referencia vaga —susceptible incluso de convertirse en falacia de apelación a la autoridad— "el lector común y el estudiante dejan de beneficiarse de la confrontación con el vigor de pensamientos y actitudes" (Monsiváis, 1984, p. xi).

Esta universidad es heredera de sus esfuerzos y enseñanzas. Aprender de él, discutirlo, confrontarlo, serán la mejor manera de rendirle homenaje; paulatinamente volverá su presencia a las aulas para iluminarnos como lo hizo en el tiempo de Altamirano.

⁴ "llaman suyo todo lo que codician" (p. 141).

Referencias

- Altamirano, I. M.** (1889) 'Biografía de Ignacio Ramírez', en Ramírez, Ignacio, (1889) *Obras*, tomo I, México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- Arellano, E.** (2012) *La Nueva República. Ignacio Ramírez, El Nigromante*. México: Planeta.
- . (2016) *Ignacio Ramírez, El Nigromante. Memorias prohibidas*. México: Planeta.
- Maciel, D. R.** (1984) 'Ignacio Ramírez, ideólogo del liberalismo social en México', en Ignacio Ramírez, *Obras Completas*, tomo I, México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo.
- Monsiváis, C.** (1984) 'La expresión radical de Ignacio Ramírez' en Ignacio Ramírez, *Obras Completas*, tomo III, México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo.
- Ramírez, I.** (1889) *Obras*, tomo I, México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.